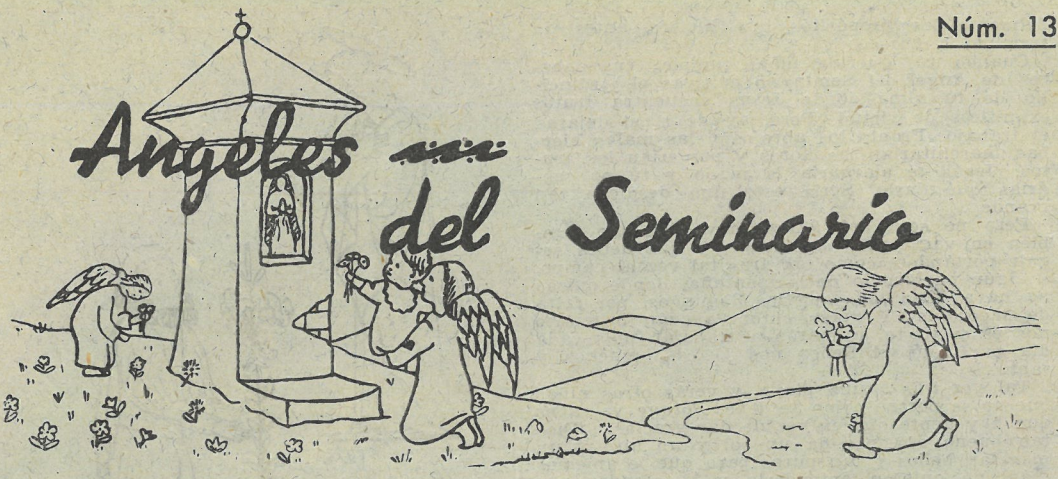
Núm. 13



ÁNGELES DE LA EUCARISTÍA

Brilla radiante el sol esta tarde del día del Corpus. Por las calles engalanadas hay movimiento de gentes vestidas de fiesta que se van estacionando en las aceras para ver pasar la procesión. Algún vecino rezagado se da prisa en adornar los balcones; mujeres y chiquillos venden retama deshojada para echar al paso de la procesión y los gritos con que pregonan su mercancía dan una nota alegre al mezclarse con el rumor de la calle.

En casa de Merceditas todos están ya preparados para ver la procesión. Han venido sus tíos y sus primos, y mientras los mayores esperan hablando en el salón los niños corren de un lado para otro, se asoman al balcón, vuelven a entrar, preguntan por las flores, se asoman otra vez, y por fin:

—"¡La procesión, la procesión!..."

A sus gritos los papás y los demás invitados van saliendo también. Por la esquina de la calle han hecho su entrada los tiesos gigantones que rodean los chiquillos. Relucen detrás los cascos empenachados de los guardias vestidos de gala; más lejos viene la cruz con los monaguillos y una doble hilera de niños primero de hombres después con sus velas encendidas. Van pasando con sus banderas y estandartes. Por fin se acerca estre nubes de incienso rodeada de sacerdotes, la custodia. Se arrodilla la gente en la calle También en el balcón, Mercedes, sus hermanitos y primos se arrodillan como los mayores. Mamá habla bajito y hace rezar a los niños que han echado ya los últimos puñados de flores. Fijos los ojos en la custodia, habla Merceditas con el Señor que pasa: le dice que le ama mucho, que está tan contenta de que pase por su calle, que le gustaría ser ángel de verdad como los que invisibles acompañan la blanca hostia donde Jesús se esconde y seguirle siempre, sin hacer otra cosa más que amarle y bendecirle...

Y le parece oír en el fondo de su alma la palabra suave del Señor que le dice: "Cuando comulgas eres más feliz que los ángeles. Y tu trabajo de cada día hecho por mi amor, me complace tanto como sus alabanzas."

La custodia ha pasado ya. Mercedes siente acariciando su cabecita la mano de mamá que mira complacida a su nena tan recogida. Se levanta también, se acerca a ella y con un beso le dice: "Verás, mamá, qué buena voy a ser."

Mientras tanto, por la calle desfilan al compás de la banda, los soldados, seguidos de los niños que imitan su paso marcial.

La Procesión de Corpus en el Seminario.

VACACIONES

¡Por fin! Después de unos últimos días de estudiar y de examinarse, llegan las vacaciones tan deseadas.

Juanita se ha ido contentísima al campo; no piensa más que en divertirse mucho, en correr mucho, en jugar mucho... Y poco a poco va olvidando sus propósitos; diríais que no se acuerda ya de que es Angel; no hace más que seguir sus caprichos y hacer desesperar a los demás.

Pero una noche en que el gusanillo de la conciencia le remordía más que de costumbre, durmióse al fin y soñó...

Soñó que en pleno mediodía, cansada de correr y de jugar, entraba en un frondoso huerto buscando fruta para saciar su sed. Melocotones aterciopelados y jugosos, racimos dorados, ¡qué bien vendrán! Pero, ¿dónde hallarlos? Hojas y más hojas esto sí, pero ni un fruto en el jardín. Juanita llorando grita: "¿Quién se ha llevado la rica fruta de mi huerto, la fruta que yo quería comer?", "Nadie se la ha llevado — le contestaron unas voces misteriosas que parecían venir de todos lados —. Somos nosotros que no queremos dártela. Hemos aprendido de ti y no damos ya fruto. Jesús tiene sed de los frutos de tu alma, que El ha hecho cultivar todo el año y tú no se los quieres dar." Al llegar aquí Juanita despertó. Y comprendiendo que su conducta no había sido buena empezó a cumplir

fielmente los propósitos que hiciera antes de terminar el curso.

Cuando tú, querida niña, cumples tus deberes de Angel del Seminario cultivas el jardincillo de tu alma donde Jesús encuentra frutos exquisitos de virtud. Pero, ay de ti si dejaras el trabajo. Pronto los abrojos y las malas hierbas marchitarían las flores y perderían los frutos. Jesús te alargaría la mano y tú no tendrías qué darle. Sería esto una desdicha tan grande...

Pero no será así. Sabes muy bien que también en vacaciones eres Angel y que debes seguir portándote como tal. Irás tal vez al campo, a algún pueblecillo de la montaña, donde quizás no haya Misa más que los domingos, por falta de sacerdote. Y verás entonces cuán necesario nos es y tú te animarás a trabajar más cada día para que el Señor nos los dé, muchos y santos.

Tal vez irás a una playa, y verás otras niñas que no se portan como se debe. Porque ya sabes que hay gente que en vez de dar gracias a Dios tan bueno que nos da un sol y un aire y un mar tan bellos y tan puros para que le amemos más, no quieren entenderlo y le ofenden con su poca modestia, con sus pecados. Y tú rezarás por ellos. Irás a la iglesia, pequeñita y oscura, a acompañar a Jesús, tantas horas sólo en el sagrario; y le pedirás que tenga compasión de tantas almas que se pierden y les mande sacerdotes.

Dondequiera que estés tendrás amiguitas, jugarás con otras niñas que tal vez en invierno no conocías. Cuéntales lo que es ser Angel del Seminario y verás cómo también ellas querrán serlo.

Mira, vamos a hacer una cosa. Cada Angel, estas vacaciones, buscará por lo menos otra niña que quiera serlo también. ¿Te gusta la idea? Quizás alguna llegará a formar un coro entero, porque, ¿quién sabe lo que puede una niña cuando quiere de veras a Jesús y a sus sacerdotes?

Hasta la vuelta, pues. Que tus vacaciones sean dignas del nombre de Angel que llevas, y entonces serán, te lo aseguro, felices y dichosas para ti.

SAN LUIS

Tiene San Luis, 14 años. Con su padre, el Marqués de Castiglione, ha venido a España y está en la Corte del monarca más poderoso, Felipe II.

El rey lo ha hecho pajecillo del príncipe. Le acompaña a todas partes, estudia con él, juegan juntos, le acompaña en sus paseos. Pero a veces los nobles le buscan por todo el palacio; no está en su habitación, ni en la biblioteca ni en los grandes salones; no le encuentran. Ni le encontrarán. Porque ha ido a ocultarse en un rincón donde guardan la leña; allí, cuando nadie le ve y nadie le estorba, se pasa largas horas en fervorosa oración. Luis reza para conservarse puro en medio de los peligros de la Corte. Para no dejarse vencer de la vanidad, pide llevar vestidos remendados y sencillos. Para mantener muy blanco el lirio de la pureza, ayuna y se mortifica.

Y los señores de la Corte dicen: "El Marquesito de Gonzaga no es como los demás...", porque es ya santo.

Ama mucho a la Virgen María y va a rezarle ante su altar en el Colegio Imperial de los Padres Jesuítas. Le pide que le conserve siempre bueno; que le enseñe lo que tiene que hacer para dar gusto al Señor.

Y un día, cerca de la fiesta de la Asunción, la Madre del Cielo le habla después de comulgar. Le dice que debe hacerse jesuíta: esta es la voluntad de Dios. Luis se levanta consolado y dispuesto a vencer todos los obstáculos hasta conseguir lo que Dios quiere de él.

Desde entonces a aquella imagen que ha hablado a San Luis la llamamos Nuestra Señora del Buen Consejo. Porque siguiendo el buen consejo que le ha dado, Luis entrará en la Compañía de Jesús y morirá allí santamente.

Encomiéndate, Angel, a San Luis Gonzaga, especialmente el día 21, que es su fiesta.

Dile que quieres ser pura como él. Que te enseñe a amar mucho a la Santísima Virgen y a recurrir a Ella siempre. Que si lo haces así, si no con palabras habladas, con sus dulces inspiraciones, te enseñará a ti también el camino que debes seguir para llegar al Cielo.

(Con censura eclesiástica)

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES
Secretariado de la J. F. de A. C. — Caspe, 34. - Barcelona.

25284—IMP. ALTÉS